

PN 4118  
L6  
1854-52  
V.2

# LECCIONES

EL INSTITUTO PIRENEO  
ELOCUCIA DE GENERAL DE ECONOMIA Y DE ELOCUCION  
LECCIONES Y DE METODOS

POR DON JOAQUIN MARIA LOPEZ

Impreso en el taller de imprenta de Madrid.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

ma y embriaga por decirlo así al orador en los felices momentos de sus vuelos y de sus transportes viene de los accidentes porque cada uno de ellos es una nueva

## ELOCUCION PARLAMENTARIA.



### CAPITULO PRIMERO.

De la elocucion parlamentaria.—Su índole.—Su objeto.—Medios de que dispone.

La elocucion parlamentaria, . . . la tribuna, . . . he aquí dos nombres que representan todo el poder de la palabra, y al orador en sus mas admirables y colosales formas. La elocucion, que se apodera de los mas grandes objetos y de los mas importantes intereses, y que sin embargo los engrandece todavia, los eleva, los transforma, y recordando sin duda su divino origen, se remonta al cielo, de donde recibe su inspiracion. ¿De dónde viene su inmensa fuerza, su encanto inexplicable y su reconocida omnipotencia? Viene de todo, porque todo la favorece y secunda: viene de su objeto, porque es santa la causa a que se consagra; viene de su origen, porque un sentimiento noble de justicia es el que infla-

010850

ma y embriaga, por decirlo así, al orador en los felices momentos de sus vuelos y de sus trasportes; viene de los accidentes, porque cada uno de ellos es una nueva excitacion; viene, para decirlo de una vez, del campo en que se mueve y del horizonte que abraza, porque tiene á la vista la humanidad entera, y por auditorio al mundo, por cuyas regiones vuelan sus ecos para revelar á los mortales sus derechos y su dignidad. ¡Y cómo no habia de ser así, cuando el orador es el hombre escogido por la mano de Dios para llevar á cabo sus designios, para realizar el pensamiento que dejó caer sobre la tierra, de justicia, de igualdad, de proteccion á los débiles y á los oprimidos, para sostener la causa de los pueblos contra las ideas funestas y contra los ataques de que tantas veces son víctimas? Sí: porque en vano es que la astucia ó la fuerza quieran comprimir la voz de la opinion, que no es mas que la forma ostensible del derecho; en vano es que en climas remotos y desgraciados, la tiranía de un hombre ruede á su placer para disponer de millones de esclavos; en vano es que aun en otros paises cultos, la arbitrariedad y el antojo defiendan su posicion con una ceguedad tan obstinada como cruel: la civilizacion lo va invadiendo todo, y el imperio de la ley prevalecerá á despecho de la usurpacion que en unas partes ha sucumbido y en otras se va batiendo en retirada. Pues bien: en esta lucha el orador es el soldado que pelea sin cesar contra las ideas opresoras ó liberticidas: no forma ejércitos que graven el presupuesto ni que impongan con el ruido de sus caballos ni con el brillo de sus bayonetas; pero fija principios, desenvuelve sus consecuencias, siembra teorías bienhechoras, y crea, por último, una fuerza invencible, que es la del pensamiento y del interés comun. Esta fuerza sujeta aun á

los mismos que la detestan, porque el pensamiento lleva á la verdad, y la verdad es la reina del universo. Pero la elocuencia parlamentaria pide en el orador mayores conocimientos que ninguna otra, los cuales solo pueden ser producto de su trabajo, de su estudio y de sus meditaciones. Llama en su auxilio á casi todas las ciencias, y apenas hay una que pueda decirse que le es extraña. De la lógica toma la exactitud del raciocinio y el rigorismo inflexible de las deducciones. La filosofía es para ella el hilo de Arriana, que le descubre el enlace misterioso entre las causas y los efectos, esa especie de parentesco que encadena los hechos, las cosas, las teorías en sí mismas y las teorías con su aplicacion. La historia le presenta á cada paso repetidas comprobaciones de sus juicios en otros tantos sucesos que el tiempo ha dejado vivos en el mundo en su marcha rápida y destructora. La legislacion le marca los principios de justicia, base necesaria de todas las leyes. La economía le revela sus útiles arcanos, la administracion le enseña la regularidad en el movimiento de la máquina social, la diplomacia le ofrece el cuadro y la ciencia de esas convenciones y arreglos, de esos ajustes que formalizan todos los dias unos pocos hombres para disponer de la suerte de los pueblos; la política le señala el verdadero punto de equilibrio y de equidad entre las tendencias encontradas del poder que gravita hácia la usurpacion, y la libertad que puede degenerar en trastornos y licencia. La poesía, finalmente, le ofrece imágenes, los giros elevados, los encantos de la imaginacion, y la mitología la enriquece con sus alegorías ingeniosas, principio oscuro y remoto de la religion en las naciones primitivas. Pero á lo que mas necesita entregarse el orador, es á

la elaboracion continua del pensamiento; á esa meditacion incesante que produce una fermentacion creadora en el corazon y en el espíritu, parecida á la accion del fuego que hace ablandarse y ceder á todas las formas al hierro rebelde por su frialdad y por su dureza. No basta que la ciencia esté en la cabeza: si la meditacion continua sobre las injusticias de la vida y sobre la mísera suerte de la humanidad, no han despertado los sentimientos nobles y generosos, el orador será un hablador mas ó menos fácil, mas ó menos oportuno; pero sus discursos aparecerán lánguidos y descoloridos y nunca arrastrarán la conviccion con el entusiasmo, porque no saliendo del corazon, no podrán herir á los demas corazones por la ley inalterable de las simpatías. El taller del pensamiento está en el cerebro del hombre; pero la fuente de los afectos se halla solo en el manantial inagotable de su sensibilidad.

Pero empecemos por el verdadero principio, porque el orden es todo en las cosas, y tomemos al orador parlamentario en el momento solemne en que ocupa la tribuna. ¿Qué se propone? ¿Qué se debe proponer? Dos cosas: convencer y conmover. Lo primero va al entendimiento, lo segundo á la voluntad. La conviccion está en el espíritu, en la cabeza que piensa y discurre; mas la conmocion es el impulso que se obra sobre el corazon, tocando maestramente sus resortes para que den un seguro resultado.

Conocido ya el punto á que vamos, falta explorar el camino que se debe seguir. Para emprenderlo con acierto, deben servir las exactas observaciones que en esta parte debemos al talento analizador del célebre Cormenin. Un discurso que seria muy bueno en una nacion y en circunstancias dadas, no produciria efecto alguno

en otro pais y en circunstancias diferentes: porque es menester acomodarse al carácter del pueblo ante cuyos representantes se habla, al genio de la lengua, á la passion ó interés del momento, y sobre todo, atender, ó mas bien, atacar en nuestros desgraciados tiempos á la fisonomía de un auditorio prevenido ó ganado de antemano. ¡Triste resultado debido á los progresos de lo que se llama civilizacion y arte de gobernar en nuestros dias!

Hoy si resonara en las asambleas de Europa la voz terrible de Demóstenes ó la palabra mágica de Mirabeau, no conseguiria los triunfos de que fueron testigos el pueblo de Atenas y los miembros de la Constituyente; porque todo está reducido á una comedia en que cada cual desempeña su papel con anticipacion aprendido y ensayado, y los ecos de la razon y de la justicia son rechazados por el mármol duro y liso de opiniones ya formadas, que entran en el estadio de la discusion con el firme propósito de no ceder á nada de cuanto puedan oír.

Mas aparte de la desconfianza que da siempre al orador esta observacion amarga y deplorable, deben consultarse las demas reglas que hemos indicado, y que por lo comun son menos falibles. En una nacion de carácter vivo y ardiente como la nuestra, los discursos no deben ser largos, ni desmedidamente sobrecargados de ideas y adornos. Nosotros escuchamos siempre con ansiedad mezclada de impaciencia, porque no tenemos la atencion flemática de los alemanes, de los ingleses, ni de los anglo-americanos. Queremos ligereza en el discurso sin que le falten fundamentos; queremos imágenes vivas y felices; queremos excitaciones rápidas y fugitivas, de aquellas que nos hieren al pasar, aumentando su fuerza la velocidad con que escapan, y que aun despues de haber pasado dejan profundo recuerdo en el

alma y honda herida en el corazon. El orador que no se acomode á estas observaciones, hijas de la experiencia, se fatigará él mismo y fatigará á sus oyentes que le escucharán bostezando entre el aburrimiento y el sueño.

El genio de la lengua es otra de las cosas que mas debe consultar, porque de ella puede sacar un partido inmenso. Entre las ochocientas sesenta lenguas que aproximadamente se calculan en el dia en el mundo conocido, son las menos las que podrian ofrecer al orador grandes recursos y grandes medios de excitacion y afectos, por la feliz combinacion de su fuerza y de su dulzura. Las que proceden de la Ibérica y Latina tienen fluidez, suavidad y esa elasticidad maravillosa que á todo se plega y todo lo embellece: las que derivan por el contrario de la lengua Teutónica ó de la Slavona, tienen una corteza ruda que hiere y ofende, una dureza repugnante que quebranta el oido en vez de halagarlo con una armonía musical. Por esa razon los discursos de las cámaras inglesas, por mas que en ellos se encuentre valentía, y las imágenes osadas del poema de Milton; por mas que pueda notarse en ellos á veces esa melancolía profunda, pero severa, de que nos ha dejado modelos inimitables el infortunado Yung; por mas que abunden en esa magestad y nobleza que sobresale en las obras de Pope, no pueden tener el enternecimiento exquisito y delicado, ni la suavidad, ni la melodía de que son susceptibles los discursos españoles y franceses, y con especialidad los italianos. El orador que tenga que hablar en una lengua áspera ó poco cadenciosa, debe procurar sobresalir en la fuerza de los pensamientos, sin cuidarse mucho de las formas de expresion, porque de ellas no podrá hacer nunca grande aparato ó lujo. El orador por el contrario que ha de hablar en una

lengua á la vez magestuosa y tierna como la nuestra; que se presta con la misma facilidad á la sencillez candida del apólogo y á la dulzura del idilio, que al tono desgarrador de la tragedia y al elevado y magnífico de las creaciones épicas, debe poner el mayor esmero en sacar del instrumento de que se sirve, todos los sonidos mas propios á su designio, hiriendo con sus pulsaciones cuantas cuerdas vibran en el corazon de sus oyentes.

Pero el principal tacto del orador está en penetrarse bien de la importancia del asunto, y del interés del momento que le dan las circunstancias ó la pasion dominante, para no disonar por una exageracion inoportuna, é rebajar la materia dándole formas y proposiciones pigmentas. En los momentos críticos de peligro ó de fermentacion que nos presenta como puntos salientes la historia de todos los paises, los discursos pueden y deben tener una animacion y un entusiasmo que se miraria como una parodia ridícula en tiempos serenos y normales. En estos últimos la elocuencia parlamentaria es un entretenimiento, es un juego mas ó menos acalorado, mas ó menos divertido; pero á que se asiste sosegadamente y que se deja sin pena y sin emocion. En los primeros el orador debe elevar la discusion y elevarse él mismo á toda la altura posible, debe dar á los pensamientos proporciones colosales y magníficas, debe herir á su auditorio con mano segura y firme, debe apremiarle hasta el punto de que el entendimiento se rinda, el corazon palpite con violencia y con una emocion siempre creciente, y los ojos derramen lágrimas como desahogo de unas pasiones que rompen el dique y se desbordan á despecho de la prudencia y la reflexion que quisieran contenerlas. En tales circunstancias el orador que cautiva nuestra atencion, pero que nos hace ver

correr su palabra como vemos correr las aguas tranquilas de un arroyo manso y poco caudaloso; el orador que no nos hace sentir, agitarnos, estremecernos y volar con él por las regiones por donde pasea su vuelo, ó seguirle entre las espumas del torrente que forma su locucion copiosa, enérgica, omnipotente; este orador, decimos, no es orador ni puede aspirar con justicia á merecer aquel nombre. La palabra que en ocasiones solemnes no nos domina, no se apodera de nosotros, no nos hiere con una impulsión extraña é irresistible, no nos deja fijar un momento el pié en la ribera sino para arrastrarnos de nuevo y arrojarnos en medio de ese Océano sin fondo y sin límites, es la palabra yerta que nace y muere en el mismo dia en el mundo; pero no la palabra inspirada que viene del cielo para volverse á él despues de haber deramado por el espacio sus acentos mágicos y sublimes. En dos extremos igualmente defectuosos puede tocar un discurso parlamentario, y es necesario evitarlos con cuidado si se quiere combinar el agrado con la solidez, y que el gusto y la reflexion se pongan de acuerdo para aplaudir una arenga. Hay algunas en que no se ve mas que imaginacion, giros felices y agradable colorido: otras por el contrario, en que la imaginacion y las bellezas faltan de todo punto, y en que trabaja el talento aislado sin llamar en su ayuda al pincel seductor de la fantasía. Cuando oimos un discurso que incurre en este último defecto, experimentamos la misma sensacion que si caminásemos fatigosamente por un sitio áspero y sombrío: pero la impresion pasagera de un discurso brillante y sin solidez, es el rápido tránsito de una exhalacion que se desliza y pierde instantáneamente, y que ni siquiera deja huella en los sitios que recorre su fulgor débil y transitorio. El verdadero discurso parlamentario

debe unir la fuerza en el fondo á la belleza y gracias de la expresion; debe ser el emblema del buque que surca los mares, el cual no aprovecha con seguridad el impulso que le comunica la vela azotada por el viento, sino cuando el peso del lastre mantiene fija la quilla en el fluctuante camino que se abre por entre las aguas.

Hay un tipo general para conocer las obras maestras de la elocuencia parlamentaria. Respecto á él nos ha dicho Timon: "Los grandes oradores parecidos al águila, se elevan sobre las nubes, á aquella inmensa altura tienden su vuelo atrevido con la conciencia de su fecundidad y de su poder, en tanto que el vulgo de los oradores se mueve y agita rasando siempre la tierra."

Todas las profesiones científicas disponen mas ó menos para la elocuencia parlamentaria; pero todas ellas tienen sus vicios inherentes de que no es comun saberse preservar. Los abogados suelen discurrir sobre todo con soltura, con rapidez y con una facilidad maravillosa; pero sus discursos atestados de palabras y de frases fluidas, revelan no pocas veces la frialdad del corazon. Estos oradores acostumbran evitar la fuerza inflexible de la lógica, porque tienen la costumbre de eludirla en el foro, cuando la lógica mata sus pretensiones. Con esto se conoce que no irán al objeto derechamente, sino que atacarán por los flancos, valiéndose de subterfugios y rodeos que quitan toda la unidad, toda la claridad, y toda la energía á un discurso parlamentario.

Los militares se anuncian con una franqueza que les sienta bien en lo pronunciado de su apostura y continente, y en lo cortado y claro de sus conceptos.

Los puristas son peligrosos, porque se hallan dispuestos á sacrificar un principio ó una idea, acaso la mas trascendental é importante, al materialismo y exactitud

de una voz y á veces de una coma, disputando acaloradamente sobre la colocacion que debiera tener.

Pero sobre todo, los fraseólogos son una casta de oradores aparte, en cuyos discursos se hallan muchas cláusulas dispuestas y ataviadas con grande esmero, pero sin ideas que les sirvan de base, cuyo vacío se deja desde luego conocer. De estos espíritus superficiales, espíritus de medida y de compás, ha dicho con mucha gracia el autor á quien antes hemos citado: "En lugar de acomodar el lenguaje al objeto, acomodan el objeto á su lenguaje; hablan tan solo por el placer de hablar y de escucharse á sí propios; y cuando tienen preparadas y cuidadosamente retocadas sus frases, en las horas de soledad y de silencio destinadas á su revista las hacen desfilar como un general á sus tropas, y á medida que pasan se quitan el sombrero y las saludan gozando de antemano en el efecto que presienten van á producir." La obra de estos oradores, añadimos nosotros, no durará nunca mas que lo que dure el eco de sus palabras perdidas inmediatamente en el espacio.

Lo que el orador parlamentario debe principalmente procurar, es no sostener utopias, que por mas bellas que aparezcan, se estrellan conocidamente en la imposibilidad de la realizacion. No todo lo que es bello es útil, ni todo lo que es útil es siempre posible. Solon se aplaudia de haber dado á los atenienses las mejores leyes de que ellos eran capaces, y este dicho envuelve un gran fondo de filosofía en la vida práctica de las naciones. No por esto condenamos el progreso, que es la ley del mundo, el instinto, la tendencia y la gravitacion de todas las sociedades; pero en la vida de éstas está á inmensas distancias lo que apenas separa un punto en la cabeza creadora del hombre, y la prudencia y la ra-

zon exigen muchas veces que se ceda al poder del tiempo para no romper la máquina por el impaciente anhelo de apresurar su movimiento. El mundo marcha indudablemente hácia un porvenir presentido, aunque todavía no formulado, y la obra de la inteligencia, recta y constante en su direccion, aunque lenta en su desarrollo, coronará algun dia los afanes del hombre. Disputan los geólogos si aparecerá en la tierra despues de muchos siglos un ser mas perfecto que el hombre actual, que sin embargo, segun todos los cálculos, ha sido el complemento y acabada muestra de la creacion; pero lo que no tiene duda es que la humanidad, cual la conocemos, irá aprendiendo con las experiencias y los desengaños; que irá viendo claro donde hoy solo palpa dificultades y tinieblas; que irá amaestrándose para poderse regir por sí misma, y emanciparse de los tutores cuya intervencion ó supone ó la condena á una perpetua infancia: mas todavía nos separan muchos años de ese dia de ventura, y es necesario no violar la ley de la sucesion de las ideas y de la generacion de los fenómenos, si queremos llegar al puerto sin romper temerariamente la nave contra los escollos.

El estilo parlamentario no debe ser demasadamente lleno, porque en él conviene, como en el cuerpo del robusto y vigoroso atleta, que se vean y distingan los músculos y union de las articulaciones. Todo lo que perjudica á la claridad en las ideas y en las imágenes destruye el efecto.

El objeto del orador parlamentario debe ser exclusivamente el bien de los pueblos á cuya defensa se consagra. ¡Difícil y áspera tarea! Porque los que gozan á la sombra de los abusos, nunca perdonan al que los combate; porque el poder en todas partes pide adora-

dores é inciensos; porque precipitado fatalmente en el campo que le franquean los fueros de su omnipotencia, mira con ceño toda restriccion, como el caballo aborrece el freno que contiene sus arrogantes impulsos; y porque suele hacer el blanco de sus iras al órgano autorizado del interés público que no teme ni vacila cuando oye la voz de un deber tan severo como peligroso. Pero no es este solo el riesgo del orador en tales circunstancias. Colocado entre el poder á quien combate y el pueblo á quien sirve, se ve situado entre dos fuegos, y si escapa de la saña del uno, suele ser víctima de los caprichos del otro. Además, como hombre público necesita estar inscrito en un partido, y los partidos no quieren gefes, no quieren mas que esclavos. Al que coronan con los laureles de su predileccion inconstante, no hacen otra cosa que sujetarlo con cadenas doradas por cierto, pero no por eso menos opresoras. El día en que su conciencia le prohíba ceder á la pasion popular ó á las miras de los ambiciosos que la explotan, esté seguro de que su diadema caerá en pedazos, y de que el ídolo descenderá del altar para ser relegado á una oscuridad humillante. Los mas grandes hombres de la antigüedad han pasado por esta prueba dolorosa: no pidamos al mundo que abandone sus envejecidos hábitos, ni que se muestre hoy mas agradecido y mas justo que lo fuera en los bellos tiempos de las repúblicas nacientes. Otro riesgo tiene además que correr el orador. Con dificultad se perdona al genio aunque siga su marcha modesta y oscuramente. La maledicencia y la calumnia le perseguirán con sus infernales aullidos, como el ladrido del perro se dirige á la luna cuando alumbrá la tierra con sus tibios y melancólicos resplandores. Pero la magistratura del orador forma una especie de

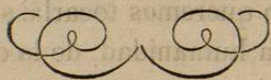
sacerdocio, y el sacerdote debe estar pronto á inmolarsé cuando así lo pide la religion de que se ha proclamado ministro. Si la ingratitud y la injusticia hubieran de retraer al justo, pocas acciones sublimes hubiera tenido que conservar la historia en los archivos polvorosos de los siglos. Si el pueblo fuera siempre justo, escaso mérito habria en servirle.

Mas si es largo y herizado de espinas el camino que debe cruzar el orador, también son inmensos los medios con que cuenta para salvarlo y llegar felizmente á su término. El dispone la voluntad de sus colegas imparciales é incorruptibles, que escuchan dócilmente la verdad y abren el corazón á sus santas inspiraciones. Muchos son, por desgracia, los hombres que hacen un mercado de la política, que trafican con su carácter público, y que prostituyen sus deberes á los halagos de la fortuna ó á las sonrisas del poder. Pero mas lisonjea al orador la fidelidad de unos pocos, que le amarga y desalienta la corrupcion de los demas; y esto solo quiere decir en postrer análisis, que los hombres irán de desengaño en desengaño, de escarmiento en escarmiento, hasta que esta misma experiencia abra por entero sus ojos, y les haga acertar con un medio menos expuesto á contingencias y reveses. No perdamos la fé, porque la fé es mas que la esperanza; la esperanza engendra y sostiene á la voluntad, y con voluntad y fé se consigue todo en el mundo. Y no puede menos de suceder así: porque no se trata de la vida de un hombre solo, sombra fugitiva que desaparece cuando queremos tocarla: se trata de la vida imperecedera de la humanidad; de la duracion de todos los siglos eslabonados entre sí para legarse sus experiencias y sus adelantamientos; de la aparicion sucesiva de las edades que han de reemplazarse, como las olas del

mar, hasta que traigan en su seno, como aquellas entre sus espumas, el gran pensamiento, y el grande arquitecto que le dé forma y proporciones.

El orador evoca esta época mas ó menos lejana, y pide á la inteligencia esa cabeza y ese brazo que han de reorganizar la obra imperfecta que hoy conocemos. El orador dispone de la conciencia pública, no contaminada por el error ó por el interés, porque él es á la vez su intérprete, su órgano, su fanal y su expresion. El orador manda la fuerza, porque la fuerza no ha de ser siempre rebelde á la razon que acaba por dominarla: el orador rinde y subyuga el poder cuando se extravía, porque forma la opinion ante la cual el poder que se desborda siente la necesidad de enfrenarse. No le falta mas que poder disponer del tiempo: poder apresurar la obra de madurez y de perfeccion que aquel traerá envuelta entre los pliegues de su añoso ropage, y que ha de ir mostrando al mundo segun vaya adelantando en sus filosóficas aspiraciones y en su marcha progresiva.

Si el orador tuviera este poder único á que no le es dado llegar, seria el emblema de Dios en la tierra: ligaria los sucesos con la fuerza de su querer y de su voz, y en un momento realizaria su designio, y sacaria á los pueblos de su abatimiento y miseria, como el autor de la naturaleza sacó del caos la creacion por medio de su fecundante palabra.



## CAPITULO II.

Reflexiones generales sobre la elocuencia política.

AL fijar la atencion en el cuadro de esta elocuencia, lo primero que se ofrece al exámen crítico, es la comparacion entre la elocuencia política de los antiguos, y la de los modernos. Las reflexiones mas ligeras bastan para comprender la gran ventaja de la primera sobre la segunda, y para hacernos confesar con dolor, que nosotros no tenemos realmente ni podemos tener elocuencia tribunicia.

En las antiguas repúblicas, los oradores hablaban al pueblo susceptible en todas partes de impresiones vivas y generosas, atento siempre á su interés, y con un instinto maravilloso de libertad. Los oradores podian entregarse á todos sus movimientos; y estaban seguros de su triunfo, toda vez que sus opiniones fuesen favorables á la libertad ó al interés comun.